

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

MADRID.—Domingo 18 de Agosto de 1872.

NUM. 768.

AÑO III.

UN PELIGRO.

Se está efectuando el licenciamiento del ejército: el número de los soldados que recibirán su licencia hasta el 10 del mes próximo, pasan de cuatro mil: algunos periódicos, suponiendo que debería licenciarse ese número, y que solo se había dado licencia a unos cuatro ó cinco mil, han preguntado, cómo dirigiendo un cargo al gobierno, por qué no se había licenciado mayor número, y qué se había hecho de los demás soldados; á lo cual *La Correspondencia*, con una de sus habituales salidas de pronto, se ha apresurado á contestar que será porque no hayan querido recibir su licencia y se hayan reenganchado.

Ni la pregunta ha sido bien formulada, ni la contestación ha estado en su lugar. Los licenciados son muchos más que los que han supuesto los periódicos que han hecho la pregunta: solo de dos regimientos, que se hallan en Valladolid y Pamplona, han sido licenciados más de ochocientos soldados; por este guarismo puede juzgarse de los que lo habrán sido en otros cuerpos. Lo que hay es que el licenciamiento no se hace de una vez, sino en distintos plazos, el primero de los cuales fué el 4 del corriente, debiendo ser el último el 10 del mes próximo.

La respuesta de *La Correspondencia* ha sido, como hemos indicado, una salida de pronto; una hipótesis fundada no sabemos en qué, pues se halla contradicha por los hechos: ni un soldado ha querido reengancharse; ni uno solo se ha reenganchado; ni uno solo de los que han de recibir su licencia ha manifestado deseo de reengancharse, ni de continuar hasta la conclusión de la guerra. A pesar del aliciente de la peseta que se les ofrece de plus: esta es la verdad, y nadie se atreve á afirmar lo contrario.

Se calcula que después del licenciamiento quedará reducido el ejército, contando todas las armas y reuniendo hasta los desperdicios, á unos treinta mil hombres escasos; de ellos, cuando más, unos veinte mil para cubrir las atenciones del servicio de plazas de la Península é islas adyacentes y salir á campaña. Digase si ese contingente basta para todas las atenciones; si se puede conservar el orden; si llega á turbarse de una manera seria y formal en las ciudades y en los campos; si después de lo sucedido desde Abril y Julio no es una lección que debe aprovecharse; y que sin embargo se desaprovecha, haciéndose todo lo contrario de lo que aconseja la mas vulgar prudencia.

Y cuando se procede al licenciamiento del ejército. Cuando los carlistas amenazan, con una nueva insurrección en el Norte, que por poco incremento que tomase, haría necesario el empleo de toda la fuerza con que queda el ejército después del licenciamiento; cuando no se ha extinguido la guerra en Cataluña y pudiera tomar grande incremento; si las provincias del Norte llamaban la atención del gobierno é hiciesen necesario distraer las fuerzas que operan en el antiguo Principado; cuando sería preciso concentrar en un corto número de capitales la guardia civil, carabineros, y cuantos hombres armados se pudiesen reunir, todo para impedir un golpe de mano y dejar que los carlistas se enseñoreasen de la población rural.

Se procede al licenciamiento del ejército, cuando no hay persona de regular sentido que no prevea una muy próxima lucha con los republicanos; lucha que por sus especiales condiciones, por ser dentro de poblaciones, en otras tantas ciudades e improvisadas como son las casas y calles con barriadas, exige mayor número que el que habría de exigir si fuese en campo raso y á pecho descubierto; cuando amenaza esa lucha que causa mas bajas en un día que una campaña en dos meses.

Se procede al licenciamiento, cuando teniendo la evidencia de que apenas queda suficiente fuerza para combatir á un solo partido, puede racionalmente presumirse que sea necesario combatir á dos.

á un tiempo, á los carlistas y á los republicanos, pues decididos estos á luchar á mano armada, si no obtienen el triunfo en las elecciones, no desaprovecharán la ocasión que les presente una insurrección carlista; si coincide con la época del movimiento electoral, como todo hace suponer.

Cierto es que hay un gran recurso; una soberbia garantía: la de que tendremos una guardia rural de mas de cuarenta mil hombres, que será muy superior á la guardia vieja de Napoleón. Esa guardia, que se organizará en menos tiempo que el que se necesita para tocar á sonar, se compondrá de magníficos elementos: se compondrá de los guardas de campo, que por lo mismo que se hallan muy á gusto con su vida libre, independiente y vagabunda, se apresuran á someterse á la disciplina militar: de guardias municipales, que hallándose en su casa con su mujer é hijos, cobrando 12 ó 14 reales diarios y haciendo vida de canónigos ó racionales, no tendrán ningún reparo en coger el fusil, comer en rancho, tener un real de plus, cargar con el fusil y el moral y salir á campaña, á pesar de que habiéndose hecho ya unos casi señoritos, tienen callos en los pies y se afeitan con jabón de olor.

Por último, se compondrá de serenos que probablemente no tendrán serenidad siquiera para oír que se trata de hacerlos soldados; pero que si llegan á serlo, serán el bello ideal de los ejércitos modernos, por la doble circunstancia de poder echar el quien vivió y gritar ¡centinela alerta! con una excelente vocalización, y cantar, parados ó en marcha, la hora con sus cuartos y medias, perfección á que no han llegado, los prusianos; y por la de caminar con el farol encendido, que es el desideratum para las marchas de noche, sobre todo si se trata de hacer una sorpresa al enemigo. Estos, con su histórico farol, y los municipales con sus indispensables paraguas, formarían el nervio de la gran guardia.

No es en manera alguna admisible como buena la razón que dan algunos para suponer que no llegará á crearse semejante guardia, pues, siendo voluntarios cuantos habrían de formarla, y no pudiendo destinárselos á otro servicio sin su consentimiento, no aceptarían el militar por razones muy fáciles de comprender; y no es de admitir semejante observación, porque cuando se ha pensado en tal reforma, se ha batió pesado y medido todos sus inconvenientes.

Desde los tiempos de Witiza no se ha encontrado la nación tan desarmada como ahora: si alguna época puede compararse con la presente es la de Felipe IV, cuando las insurrecciones de Portugal y Cataluña encontraron á aquel monarca completamente desprovisto de recursos para dominar la rebelión. Así como en los tiempos de Witiza ciertas parcialidades llamaron en su auxilio á los moros, no sería extraño que en un conflicto repentino se llamase en auxilio de ciertas instituciones una división de italianos, para mayor honra del país.

Y ¿qué se va á hacer? se dirá: los soldados han cumplido y es preciso darles la licencia; y ¿por qué no se les dió en Mayo, Junio y Julio á los que ya cumplieron, que eran todos los que hoy se licencian, y se los obligó á hacer la campaña? ¿No sería mejor haberlos retenido, haciendo con ello imposible una nueva guerra, hasta haber completado con un nuevo reemplazo el ejército, dejándose de teorías desatinadas y de proyectos ridículos, como el de la guardia rural?

A «LA REGENERACION».

Nuestro apreciable colega *La Regeneración*, uno de los mas sensatos y entendidos entre los periódicos carlistas, y con quien es muy grato discutir por la cultura de sus formas, por la nobleza de sus conceptos y por la sinceridad de sus propósitos, ha incurrido en un grave error, que habremos de procurar desvanecer, porque afecta directamente

te á la honra de nuestro partido, y en cierto modo á la noble causa que defendemos.

Dice el referido periódico que hay muchos liberales moderados sinceramente católicos; pero que serían impotentes, no obstante su buen deseo, aun cuando triunfara la causa de D. Alfonso, para lograr que en cuestiones religiosas, se siguiese el camino recto é invariable trazado por Dios y por su Iglesia.

Hacemos gracia al colega indicado del calificativo de liberales con que nos honra; porque aun cuando anátema como el que mas la libertad bien entendida, la que está hermanada con el orden y con la caridad cristiana, que viene á ser el compendio de todas las virtudes sociales, se ha abusado tanto de ese nombre, y se han ennoblecido con él tantas debilidades, miserias y crímenes, que hemos renunciado á él hace tiempo, con muchísimo gusto.

Desde que los revolucionarios de profesión se llaman liberales, hemos rechazado, para no confundirnos con ellos, esa calificación ó apelativo, que consideramos enteramente profanado.

En cuanto á lo de católicos debemos protestar contra la suposición errónea de *La Regeneración*, al decir que en nuestro partido existen algunos individuos que no son católicos. Carece por completo de fundamento semejante aseveración. El partido conservador ó moderado que hoy reconoce, y sostiene la causa del derecho y de la legitimidad en la persona del príncipe Alfonso, antes representada por su augusta madre doña Isabel de Borbon, ha hecho siempre política católica, y no puede pertenecer á él ninguno que no acepte y esté dispuesto á sostener esa política.

Yerra por lo tanto *La Regeneración* y procede con una ligereza y con una injusticia que contrasta con su habitual circunspección é imparcialidad, al suponer que á pesar de los buenos deseos de muchos de nuestros correligionarios serían estos impotentes, aun cuando triunfara la causa de don Alfonso, para lograr que en las cuestiones religiosas se siguiera el camino trazado por la Iglesia.

No autoriza esa suposición la historia de nuestro partido, que así en la oposición como en el poder ha acatado siempre las decisiones de la Iglesia en las cuestiones de religión y de moral; que ha librado grandes batallas por sostener la unidad religiosa y los derechos del clero católico, y que ha contenido y refrenado por espacio de muchos años los embates de la revolución, las oleadas de la demagogia, y las maquinaciones incessantes de las sectas disidentes y de las sociedades impías contra el catolicismo.

Si alguna duda abrigaba en este punto nuestro apreciable colega, ha debido desvanecerse en vista de nuestras terminantes declaraciones y repetidas protestas de amor y de respeto al Sumo Pontífice, y de sumisión completa á su autoridad infalible en todas las materias que han sido objeto de sus decisiones.

Nadie puede dudar y nadie ha dudado, en efecto, de la sinceridad de nuestras palabras y del espíritu altamente católico en que están inspiradas, así como de que ellos son en esta parte la expresión mas fiel y mas genuina de las nobles y cristianas aspiraciones de nuestros correligionarios, de los que desean la restauración de la monarquía legítima tradicional bajo el cetro paternal del príncipe Alfonso, entre los cuales, debemos decirlo para honra de nuestra causa, se cuentan algunos príncipes de la Iglesia, que, cualesquiera que sean sus opiniones políticas, no simpatizarían con la causa de la restauración si creyeran ó sospecharan que el triunfo de ésta había de apartarlos del camino recto é invariable trazado por Dios y por su Iglesia.

No; eso no es, no ha sido, ni puede ser cierto. D. Alfonso no aspira á ser rey de ningún partido, sino de todos los españoles; y cualesquiera que sean las diferencias que en política pudiera haber entre sus leales partidarios, en materia de religión y de

moral todos profesamos los dogmas de la Iglesia católica, y todos acatamos con profundo respeto y sumisión las definiciones del Padre común de los fieles, y el primero de todos el principio cuyos derechos sostenemos y cuya legitimidad proclamamos; que aspira á reinar en una nación eminentemente católica, y que sabe que fuera de la civilización católica no hay salvación para los pueblos, ni pueden prometerse los tronos estabilidad alguna, ni esperar las naciones otra cosa que perturbaciones, desastres horribles y calamidades sin cuento.

Desearnos que *La Regeneración* se persuada de esto, dejando á un lado preocupaciones de partido, que deben desaparecer ante el interés, muy superior á todo cálculo político, de sostener la idea católica, única que puede restituir á esta nación infortunada su perdido reposo y su antiguo esplendor y poderío; y la esperemos con tanta mas razón, cuanto que reconocemos la sinceridad y buena fé del apreciable colega á que nos dirigimos, cuya prudente y digna actitud contrasta de un modo notable con el apasionamiento, encono y exageración de algun otro colega carlista.

LA INDIFFERENCIA ANTE LAS ELECCIONES.

Con fundado motivo llama la atención de los hombres serios la apática indiferencia con que se ve llegar el nuevo período electoral. Si los periódicos, ministeriales ó la oficiosa *Correspondencia* no nos refiriesen al por menor las plazas solicitadas por los amigos del gobierno; ó los republicanos, con el mejor deseo, sin duda, no tratasen de hacer común entre los españoles su alegría y su contento por la poderosa falange con que van á presentarse en el futuro Congreso á reñir, dicen, la última batalla con la monarquía de la revolución; sino lo que estos diarios nos dicen, repetimos, no habría medio de deducir de lo que hoy se observa, que dentro de seis días hemos de estar en plena función electoral? *O temporal!* hay razón para esclamarlo, volviendo los ojos al ver de cuánta mudanza nos capacen solos cuatro años. ¿Qué fué de tanto galán como *trujeron* las seductoras promesas del impercedero Setiembre? ¿A dónde se fueron los ídolos que alegraban á las gentes dejándose ver en los balcones de los ministerios y en los palcos de los teatros? ¿Dónde están aquellos ministros que asombraban al mundo y dejaban aborrotar Europa con sus planes, y que veían por veintenas de millares los votos que los empujaban al Parlamento?

Es que las masas populares no suelen, y menos en las tempestades políticas, buscar la causa fundamental de los acontecimientos; es que, embriagadas por los halagos, no se curan de saber si los que entonces las seducen con sus promesas, han prometido otras veces y con toda solemnidad lo que mas tarde han dejado de cumplir. En virtud de esto, y con el estímulo de un programa que leen y creen como si su autor estuviera revestido de la infalibilidad; van donde el héroe del momento quiere llevarlas, le cercan, quitan, le aclaman, le victorean, le obsequian con serenatas y cantares, y levantan su nombre *usque ad sidera*. Este es ayer.

Pero no en vano corre el tiempo, de quien se dice que pone las verdades en claro y vuelve las cosas á su estado y lugar. Corrieron las semanas, se sucedieron los meses y las promesas no se cumplieron. Primer alto, por decirlo así, de los espectadores, que empezaron á dudar y recelarse de si sería otro el motivo, y no su bienestar y mejoramiento, lo que había movido á los que ayer saludaron con palmas. Aprovechóronse tambien desde luego de que los fomentadores de su entusiasmo se lo disputaban queriéndolo hacer servir á diferentes y aun opuestos ideales: oyeron entre los señores voces discordantes segun que eran encontrados sus intereses; y en este segundo alto vieron dividirse los campos con la ban-

dera republicana el uno, con la monárquica el otro. Probaron sus fuerzas, y el estampido del cañon fué mas convincente y persuasivo que la retórica y aun la elocuencia de los oradores. Vencieron otra vez los que ayer lo fueron, sienten engrosar sus filas y multiplicarse sus adeptos hasta el extremo de no alcanzar á satisfacer á todos los que el presupuesto les señala. También se aperciben de esto los crédulos de ayer, y aumentan su desencanto la nueva discordancia de los nuevos vencedores.

«Vienen nuevas fracciones con nuevas teorías que prometen la felicidad, y ya el pueblo se rie.» Un poco mas tarde, viendo las urnas ensangrentadas, los mas horribles crímenes ¡en punes! los derechos atropellados, las leyes concluidas, y los órganos de la política sonando tristes ó alegres, pregonando nuestra dicha ó nuestra desgracia segun son los suyos ó sus adversarios los que gozan del poder, se apodera de él tal indiferencia política, nota tal cansancio en el ánimo cuando los llamamos á tomar parte en las cuestiones graves, que apenas hay quien concurre, como no le lleve algun interés personal.

Hemos dicho mal: hay quien concurre; pero éste solo puede hacerlo por sus circunstancias especiales. Si una fracción, aunque enemiga del gobierno y de las instituciones que éste defiende, alcanza su benevolencia, por razones muy fáciles de comprender, irá confiada y tendrá razón para confiar; de que aumentados los suyos por lo mismo que parecen llegar sus tiempos, por muchos que vayan á vengar las violencias de que el mismo gobierno los haya hecho víctimas, es su triunfo, si no seguro, probable.

Quien no se encuentre en estas condiciones, no es fácil que se esponga ni quiera exponer á sus amigos á los atropellos de que suelen ser víctimas los que como adversarios del gobierno se llegan á las urnas. Aquí puede haber una excepción, y es la de aquellos hombres cuyo superior talento, limpia historia y distinguidos servicios á la patria los conserva siempre en el aprecio de sus electores. Y aun de estos hay alguno que no está seguro, como podría probarlo algun ejemplo elocuente.

No es, pues, de extrañar esa actitud general que así se observa en las grandes capitales como en las pequeñas aldeas: es lógico, es casi natural el fenómeno de la indiferencia en esta nación, que hace cuatro años, engañada con las palabras del mas falso patriotismo, corrió á depositar sus sufragios en favor de sus pretendidos regeneradores, de aquellos hombres que, explotando sin conciencia la sencillez de las masas, pervertidos de la influencia de su tan efímero como disintible triunfo, traían el odio en su corazón contra las altas gerarquías que un solo día habían dejado de colmarlos de favores, uniéndose por medio de un simulado lazo con los que el día antes asaltaban el cuartel de San Gil, olvidándose de los jefes asesinos, y de los sargentos fusilados mas tarde, y abriendo ancho puerto en el nefando consorcio á aquellos otros, en cuya bandera se leía «abajo los reyes y viva el pueblo».

No han sido estos los que menos han contribuido al desencanto; los partidarios de la abolición de las quintas, que empezaban pidiendo por boca de su pontífice máximo un contingente de 40.000 hombres; los de la igualdad ante la ley, que calificaban de sensiblería al unánime sentimiento de horror de todos los hombres honrados ante tanto conato de fuga de los criminales de Andalucía; los del respeto á la Constitución, que han tenido por su capricho suspendidas las garantías por el tiempo que han querido en cuatro provincias de España, sin que les haga mella la autorizada voz de los mas eminentes juriscónsultos españoles, que los condena como infractores del Código constitucional; los que traían el orden y la justicia, y han presenciado los atropellos del Teatro de Calderon, los del casino carlista y oprobioso asesinato del desgraciado Az-

FOLLETIN.

LA SEÑORITA DE NEUVILLE.

POE MAD BOURDON.

—¡Adios, amada! ¡mi! esclamó con voz apenas inteligible dirigiéndose á la marquesa: ¡no me olvides! ¡Adios, Carlota! ¡mi, piensa mucho en tu anciano padre! ¡mi, piensa mucho en tu anciano padre!...

En seguida la besó, y le hizo la señal de la cruz en la frente; la niña echó á llorar, y se arrojó al cuello del marqués. El marqués, al verla así, se echó á reír, y le dijo: «¡Delfina, llena de terror, apretó convulsivamente la mano de su marido, diciéndole al mismo tiempo: «¡Huid, huid pronto! ¡Qué sería de vos si aquellos monstruos se encontraran aquí!»

III.

EL INCENDIO.

Semejante á los muertos de la batalla, la revolución marchaba muy de prisa. Como una señal que se repite en las alfaras, volaba de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, reproduciendo con una uniformidad desasosegante sus horribles arengas y sus siniestras tragedias. La revolución encontraba en todas partes los mismos elementos: gentes virtuosas, buenas, piadosas, dispuestas á morir, pero no á oponerle resistencia; un pueblo delirante que algunos hombres de malas entrañas conducían á su ruina, haciendo cometer asesinatos, saques é incendios. Los crímenes mas atroces hallaban voces que los absolvieran en la tribuna, porque abajo estaba el reino de los sicarios, y arriba el de los sofistas.

El carácter del pueblo francés, naturalmente dulce y generoso, dejó de serlo al ver aquellos espectáculos cruentos, del mismo modo que su juicio se pervirtió al oír ó leer las doctrinas envenenadas que se le inculcaban cada mañana y cada noche en los clubs y en los periódicos. El pueblo mas insignificante tenía sus oradores de rostros deformes, y sin un harapo de camisa que les cubriera los brazos.

Los fieles de Enrique IV; los oficiales de Luis XIV; aquellos antiguos castillos, guardianes de tantos recuerdos memorables, vinieron al suelo derribados por el martillo y por la piqueta de la Revolución; las abadías, cuyos primeros moradores habían evangelizado á los paganos, desmontados las viejas selvas de las Galias, y en su lugar se levantó un bosque de chimeneas.

El día que se marchó M. de Neuville le pareció un siglo á la familia: ¡mi, el día que pasó retirado en su cuarto con su hija, escuchando alarmada todos los ruidos, figurándose la oír en el campo sonidos que nada bueno auguraban, amenazas de muerte y gritos de destrucción.

Aquella infeliz señora temblaba por su marido, por su hija y por sí misma; Delfina, criada en la indolencia cuando era niña, mimada después por un marido tirano que la quería entrañablemente, no estaba preparada para esos lances tan terribles; jamás había sufrido; y la primera prueba que se le ofrecía era tan atroz como positiva.

Retrato tanto, Vicente había cerrado todas las salidas del castillo, y de pie en la estrecha torreña que dominaba la puerta principal, y que, en otros tiempos, en época de guerra, era el sitio en donde se colocaba el vigía, miraba hacia el pueblo.

Los unos con las picas que se repartían en las casas con anterioridad á los «buenos ciudadanos» los otros con morteros llenos de orín; y que quizás habían estado en las batallas de Lamoignon y Fontenoy; otros, en fin, con biell dos ó con garrotes.

Vistos asustadamente, aquellos hombres feroces tenían rostros patibularios; reunidos, se notaba en ellos un no sé qué; y ¡amanzador! á la vez. Vicente los conocía á todos perfectamente: eran los hombres de conducta mas depravada que había en el pueblo y en los caseríos inmediatos, desertores de presidio, mercedarios, borrachos é holgazanes y vagabundos. Cristóbal iba á la cabeza de aquel pelotón de bribones, blandiendo un sable empuñado.

Cuando todos estuvieron reunidos en la plaza, el maestro de escuela subió encima de un tonel, y desde allí les alarabó; pero el mayor domo del marqués de Neuville no pudo oír otras palabras que las siguientes, repetidas con mucho énfasis, y que el viento llevó á sus oídos: «¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!»

Vicente notó asimismo que en aquel grupo tembloroso se veía ningun arredor respetable, ningun labrador viejo, ningun hombre; en una palabra, de los que eran mas estimados en el país; pero este descubrimiento no le infundió ni la mas remota esperanza: los hombres de bien se escondían y dejaban obrar á los malvados.

La arenga, interrumpida varias veces por los gritos de aquellos furiosos, concluyó por una larga libación en la taberna. Vicente se alegró al verlos entrar en aquel sitio público, y dijo para sí: «¡Qué bien!»

Los unos con las picas que se repartían en las casas con anterioridad á los «buenos ciudadanos» los otros con morteros llenos de orín; y que quizás habían estado en las batallas de Lamoignon y Fontenoy; otros, en fin, con biell dos ó con garrotes.

Vistos asustadamente, aquellos hombres feroces tenían rostros patibularios; reunidos, se notaba en ellos un no sé qué; y ¡amanzador! á la vez. Vicente los conocía á todos perfectamente: eran los hombres de conducta mas depravada que había en el pueblo y en los caseríos inmediatos, desertores de presidio, mercedarios, borrachos é holgazanes y vagabundos. Cristóbal iba á la cabeza de aquel pelotón de bribones, blandiendo un sable empuñado.

Cuando todos estuvieron reunidos en la plaza, el maestro de escuela subió encima de un tonel, y desde allí les alarabó; pero el mayor domo del marqués de Neuville no pudo oír otras palabras que las siguientes, repetidas con mucho énfasis, y que el viento llevó á sus oídos: «¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!»

Vicente notó asimismo que en aquel grupo tembloroso se veía ningun arredor respetable, ningun labrador viejo, ningun hombre; en una palabra, de los que eran mas estimados en el país; pero este descubrimiento no le infundió ni la mas remota esperanza: los hombres de bien se escondían y dejaban obrar á los malvados.

La arenga, interrumpida varias veces por los gritos de aquellos furiosos, concluyó por una larga libación en la taberna. Vicente se alegró al verlos entrar en aquel sitio público, y dijo para sí: «¡Qué bien!»

Los unos con las picas que se repartían en las casas con anterioridad á los «buenos ciudadanos» los otros con morteros llenos de orín; y que quizás habían estado en las batallas de Lamoignon y Fontenoy; otros, en fin, con biell dos ó con garrotes.

mando; de orgullo se había servido verse elevado sobre todos sus conciudadanos; lleno de satisfacción se había sentido al contemplarse á la cabeza de una nación poderosa, tratando de igual á igual con los hombres mas elevados de la tierra, él, que ayer era un ciudadano oscuro y desconocido, sin soñar tan siquiera tanta grandeza; dulces deben serle todos esos recuerdos, pero no

